

RELATOS ASTRONÓMICOS

Con motivo de la publicación de un número especial de la revista ContArte, del grupo cultural Artimés, que recogía relatos de temática astronómica, cosmológica y astronáutica, hemos llegado a un acuerdo con sus autores, muchos de ellos miembros a su vez de la AAS, para poder reproducirlos aquí, así como las ilustraciones que los acompañan. Invitamos a nuestros lectores y lectoras que sigan la revista ContArte, ya que en cada número ofrece literatura con una temática distinta y muy interesante. En esta novena y última entrega recogemos el relato de Jesús S. Giner.

¡Esperamos que os guste!



Luando llegó a casa ya lo había decidido. Su padre se podía ir a hacer puñetas porque nadie tenía derecho a escoger por ella. Ya pensaría cómo explicárselo, cómo hacerle ver cuánto necesitaba ir en esa dirección, la suya. Lo había sospechado siempre, pero en aquella noche había llegado por fin la convicción. Las dudas ya no existían. Era su camino.

Tiempo atrás, cuando Lucía tenía nueve años y no sabía apenas nada del mundo que la rodeaba, por su cumpleaños le pidió a su madre unos prismáticos. Pese a los refunfuños de su padre, reacio a gastar dinero en algo a su juicio improductivo, la niña consiguió su instrumento. Con él, admirada, echaba vistazos a las montañas, a las casas cercanas, y se lo llevaba en algunos de sus paseos por la playa para contemplar el vuelo de las gaviotas.

Sin embargo, una noche, quiso dejar atrás la Tierra. Movida por la curiosidad, tomó los prismáticos y, con manos temblorosas, lo dirigió hacia la Luna. Cuando apareció el satélite ante sus ojos, ampliado siete veces, el corazón le dio un vuelco. Aquello no era sin más un satélite; era un mundo, un cuerpo en sí mismo, con manchas oscuras, tierras brillantes y escabrosas, regiones lisas, hoyos por todos lados, lo que parecían ser montañas, extrañas formaciones... Lucía estaba maravillada. Aunque, también, le asaltó una inquietud: "¿Habría alguien vivo allí?", se dijo.

Con un estremecimiento que le recorrió la espina dorsal, desplazó los prismáticos hacia todas direcciones. Pero le decepcionó no encontrar nada especial. Había muchas estrellas, sí, pero eran puntos de luz, brillantes, sin detalle ninguno. La noche primaveral era húmeda, y casi se percibía el rocío en el rostro.

Lucía sentía que apenas empezaba a descubrir lo que existía allá arriba. Sin embargo, a su padre no le importaba la pasión de la muchacha. —Ya sabes, niña... debes esforzarte en estudiar Derecho. Eso te abrirá puertas y podrás vivir como quieras. Los que miran demasiado las estrellas y esas chorradas... no terminan bien.

Ella no respondía. Porque ella ya sabía cómo quería vivir. A la vez que crecía aumentaba también su pasión; puede que hasta la negativa de su padre fertilizara su deseo, arraigándolo más profundamente. Como tampoco tenía dinero para comprarse libros, acudía a la biblioteca y pedía obras y atlas para comprender mejor el cielo. Lo llevaba en secreto, ocultando los libros debajo de la almohada o llevándolos siempre en su mochila, camuflados entre los de Ciencias Naturales y Lengua Española.

Un día, en clase, mientras sacaba estos últimos para la lección, le cayó al suelo una obrita titulada Las medidas del universo, de Tomás Hormigo. Ella no entendía casi nada, por su contenido matemático, pero se admiraba de que con operaciones sencillas fuera posible descubrir que la Tierra era redonda y calcular el tamaño del Sol.

Ricardo, sentado a su lado en el aula, recogió el libro, lo miró, hojeándolo, y se lo devolvió, desdeñoso:

—¿Esto te gusta, Lucía? No parece muy interesante, no tiene fotografías ni nada.

Lucía se ruborizó; no le gustaba que nadie supiera su afecto por el firmamento. Podían tacharle de bicho raro, o algo peor. Cabizbaja, introdujo el librito en la mochila, sin mirar a su compañero. Tenía la tez del color de un tomate maduro.

Sin embargo, Ricardo sentía cierto aprecio por Lucía; casi podría hablarse de un naciente sentimiento amoroso. Porque era callada, algo tímida, justo lo opuesto a él. Más adelante, empezó a interesarse por aquel librito.

—¿Y esos garabatos, qué significan? —le preguntaba, señalando las expresiones matemáticas con el ceño fruncido.

Lucía le explicaba lo poco que sabía y, entre ambos, iban lentamente adquiriendo una primeriza visión del universo que les rodeaba. Era una tentativa repleta de inseguridades, de conceptos mal comprendidos, escasa de certidumbre.

Una noche, Lucía dijo a sus padres que se iba con sus amigas al cine. En realidad, su mochila contenía los prismáticos, y su corazón palpitaba porque había quedado con Ricardo a las afueras del pueblo. El instrumento ya estaba algo deteriorado, por el paso de los años y el uso frecuente, pero las ópticas aún permitían distinguir detalles.

Era el día de las Leónidas. Acudieron a una zona tranquila de la playa, donde apenas había edificios y los coches eran luces diminutas destellando en la distancia. Se tumbaron en la arena y los prismáticos les enseñaron la riqueza nubosa y gaseosa de la Vía Láctea. Pudieron barrer la región de Sagitario, descubriendo algunas de sus nebulosas más hermosas. Ambos se sobrecogieron al contemplarlas, como si en realidad aquella visión les señalara el origen de algo, o de sí mismos, mucho tiempo atrás.

Pero la noche era propicia para otros espectáculos. Se tumbaron en la arena, examinando el firmamento, rastreando por si surgía alguna estrella fugaz. Pero, o no miraban hacia la dirección correcta, o la actividad era muy baja. Empezaron a charlar, para pasar el rato, hasta que, de improviso, brotaron del cielo destellos de luz, blancas lanzas afiladas que rompían la serenidad nocturna. Al principio eran pocas, pero con el paso de los minutos se multiplicaron, adornando la cúpula negra y extasiando a los dos chiquillos, que no podían casi ni contarlas...

Por un instante parecía que el cielo llorara, como cuando pierdes a un ser querido inesperadamente y las lágrimas no dejan de salir. Pero, en este caso, semejaba más un lloro de alegría, de júbilo. Lucía,



ILUSTRACIÓN: SALVADOR VERCHER FUSTER

arrobada, no pudo retenerse más. Asió la mano de Ricardo y se dejó llevar.

Y, entonces, viajó. No cerró los ojos, sino que perdió la visión. No se durmió, pero entro en tránsito. Había algo en su mente que acababa de detenerse. Fue cuando navegó.

De repente, el cielo mutó. Las estrellas empezaron a girar, pero serenamente, como aceleradas a cámara lenta, en un girar de luminosidad y colores. Y, en un instante, todo se trocó en rojo, como el fundido sangriento de una película barata de terror. Lucía se vio llevada a Marte. A través de sus prismáticos, el planeta rojo era apenas un disco diminuto de un bermellón deslucido. Pero ahora estaba allí. Vio cómo descendía hacia el polvoriento suelo, repleto de pedruscos y lechos antiguos de ríos. Salvaba una tormenta de arena, recorría los casquetes polares, navegando por esos depósitos ambidextros de blanco y negro. Subía hasta las últimas estribaciones del Monte Olimpo, se sumergía en los profundos cañones del Vallis Marineris, daba un vistazo rápido a la falsa Cara de Marte, rodeaba con sus brazos de viajera las colinas, y detectaba el aroma a algo que parecía vivo, latente, allá abajo, más adentro de la capa rocosa superficial. Allí estaba, sí, era, era...

-Lucía... iLucía!

Ricardo la zarandeaba suavemente, para que volviera en sí. Lucía abrió los ojos (es un decir...) y, tras un momento de desconcierto, reconoció a su amigo. Estuvo a un paso de recriminarle su acto (¿qué era aquello que percibió bajo el suelo marciano, qué era...?), pero se dominó y se alegró de que la noche volviera a ser negra, que los meteoros surcaran el cielo con mansedumbre y que él estuviera a su lado.

Decidieron regresar a casa (la película ya habría terminado...). Recogieron y se levantaron. Ricardo cogía a Lucía de la mano. Se miraban. Había un brillo extraño en los ojos de ambos. Sonrieron torpemente. —Hasta mañana —dijo él. No era una despedida. Eran dos palabras que simbolizaban una anhelante ansia de que ese "mañana" llegara pronto, prontísimo.

Lucía le vio alejarse en la oscuridad. Iba a ponerse en marcha, pero aún se detuvo un momento. Y volvió a mirar hacia arriba.

Los amaba. Los amaba a todos. Grandes y minúsculos, brillantes y tenues, mundos, estrellas, peñascos, astros con cabellera, galaxias espiraliformes, nebulosas oscuras, cúmulos y lunas, planetas solitarios, cuásares, agujeros negros, nebulosas de mil colores, filamentos galácticos, meteoros efímeros... hasta la menor brizna de materia estelar.

Comprendió que todo estaba ligado, conectado, que allí había todo lo que ellos eran. No lo había leído, ni escuchado; no procedía de ninguna fuente de conocimiento racional ni información establecida. Simplemente, surgía de su interior. Como un hálito.

Llegó a casa. Entró. Su padre miraba la televisión; su madre, a su lado, leía un libro. El padre no le miró.

—Llegas un poco tarde, Lucy —Lucía odiaba aquel diminutivo. Parecía querer hacerla más pequeña, más insignificante, como una estrella perdida en la inmensidad de una galaxia—. Ponte a estudiar, anda, y deja las películas para cuando seas mayor.

Lucía sintió cierto resquemor interno. Pero, tampoco en este caso, respondió. No era necesario. La decisión ya estaba tomada.

Antes de abrir los libros de texto fue a echar la persiana. Al hacerlo, vio un pedazo de cielo libre entre los muros de los edificios. Pese a las luces, distinguió una leónida cruzando a gran velocidad.

Se le iluminaron los ojos. Casi no había diferencia entre ellos y los astros que, muy arriba, titilaban y movían, pese a todo y a todos, a perseguir los sueños, por muy locos que nos parezcan.